

UNA ESPERANZA EN AUSCHWITZ

Soy Leah, y junto a mi familia, somos de los pocos supervivientes judíos que estuvieron esclavizados en los campos de concentración de los Nazis. Mis hermanos Yasser y Jacob y mi padre estuvieron en otro campo distinto al de nosotras. Mi madre y mis hermanas estuvieron junto a mí en el campo de concentración de Auschwitz. Fue un tiempo terrible en el que nos hicieron trabajar muy duro día tras día, sin apenas comida y con ropas sucias. Aunque estábamos en el mismo campo, no nos dejaban vernos entre nosotras, solo cuando nos acostábamos en aquellos fríos y poco acogedores colchones en los que intentábamos dormir. Pero sobrevivimos a aquel infierno y eso es casi imposible. Todas mis amigas murieron allí junto a sus madres, torturadas de muchas formas hasta fallecer. Era horrible ver cada día un escenario de muerte en el que un ser querido moría. A los nazis no les temblaba la mano a la hora de hacer sufrir a alguien, sea pequeño o grande. Pero contaré la historia desde el principio, para que sepáis como se formó mi familia y por todo el sufrimiento que tuvimos que pasar hasta salir de los campos de concentración.

“Yo vivía en Polonia, la que tras unos años se convirtió en la Alemania nazi, en una humilde casa junto a mis padres, mis dos hermanos Yasser y Jacob y mis dos hermanas Myriam y Ruth. Yo soy la mayor de todos y en los meses en los que todo pasó, tenía trece años y el más pequeño de todos, Yasser, tenía un añito. Hay tres años de separación entre cada hijo. Cuando nació Yasser, ya había empezado todo: los Nazis iban casa por casa y se llevaban a los judíos que habitaban en ellas, pero los judíos no sabían a dónde los llevaban y creían que vivirían mucho mejor, que tendrían un buen trabajo para sustentar a sus familias y que todo iría sobre ruedas; pero eso no era así. Poca gente se dio cuenta de lo que realmente ocurría y por suerte mis padres lo supieron a tiempo. Por eso le pusieron ese nombre a mi hermano pequeño, porque Yasser significa en hebreo “Dios nos cuidará y protegerá”.

Un día, mi padre llegó a casa sofocado y nos dijo:

- Tenemos que entrar en el lugar secreto.
- ¿Qué ocurre? – preguntó mi madre.
- Los alemanes ya han empezado a llevarse a nuestros amigos a sus horribles campos de concentración. Lo peor es que ellos no se dan cuenta – dijo mi padre.

Yo no entendía nada: ¿qué era eso de “el lugar secreto”? Pronto lo comprendí. Guiados por mi padre, llegamos a la habitación de mis hermanos. Luego, levantó la tapa de un baúl y empujó el trasfondo del mueble y entramos a una habitación subterránea llena de provisiones y con una cama de matrimonio.

La primera noche fue catastrófica: mi madre, mi hermano recién nacido, y mi hermana Myriam (que sólo tenía dos años) durmieron en la cama. Todos los demás dormimos en el suelo con la cabeza sobre unos cojines y el cuerpo en el frío suelo. Pero poco a poco nos fuimos acostumbrando.

Una noche, Jacob se enfadó y nos preguntó:

- ¿Por qué tenemos que estar aquí encerrados todos los días? Ya no voy a la escuela, ya no juego con mis amigos... ¿Qué especie de castigo es este?

Mis padres se miraron el uno al otro y mi madre le explicó con dulzura:

- Cariño, no es ningún castigo. No salimos porque hay unas personas malas que quieren llevarnos a trabajar. ¿A que tú no quieres trabajar?
- No
- Pues tenemos que quedarnos aquí escondidos. Estamos jugando al escondite con ellos y ellos no pueden encontrarnos, ¿vale?
- Vale – respondió satisfecho Jacob.

Pero después de estar encerrados en “el lugar secreto” durante un año, una mañana, los Nazis entraron en nuestra casa. Mis padres y yo (que éramos los únicos que entendíamos lo que pasaba) nos estremecimos.

- Si no estáis en silencio, nos encontrarán – le susurró mi padre a los más pequeños.

Desde nuestra guarida subterránea, se oía como saqueaban nuestra casa, tirando todo lo que se encontraban a su paso, levantando las camas, abriendo los armarios, etc. Y llegó el momento: un soldado abrió el baúl y tras varios intentos, empujó el trasfondo y nos encontraron. Una ola de pánico y nerviosismo se sacudió en nuestras mentes: ¿qué haremos ahora?, pensé. Seguidamente, nos agarraron a todos por los brazos y nos sacaron de aquella habitación. Mis hermanos empezaron a llorar y a todos empezaron a caerles lágrimas por las mejillas.

Nos llevaron hasta unos vagones de tren en los que se encontraban más personas en la misma condición que nosotros. A continuación, el tren partió hasta un destino desconocido para nosotros. Cuando llegamos, tuvimos que hacer cola en unas filas enormes de gente judía. Luego, llegamos a una mesa donde había un hombre que hablaba en alemán, al cual no entendíamos lo que decía. Nos puso un brazalete con la estrella de David a cada uno y llegó el momento que nunca podré olvidar: nos separaron de mi padre y mis hermanos y mi madre, mis hermanas y yo tuvimos que ir a otro lugar. Ese momento fue el peor de todos, mi familia y yo lloramos durante mucho tiempo. Mi madre nos abrazaba a cada una de nosotras y nos decía entre lágrimas:

- Tened valor, nunca dejéis de luchar, si nos mantenemos unidas nada podrá separarnos. No podrán. Vuestro padre y hermanos estarán bien y un día de estos, todo pasará y volverá a la normalidad. Cuando llegue ese día podremos abrazarlos y nos iremos lejos de aquí. Pero mientras tanto, tenemos que ser fuertes.

Yo no sabía qué hacer. Mi madre estaba llorando, desconsolada, y yo sabía que aunque la intentara animar, nada serviría. Solo me acerqué y la abracé. En ese instante aprendí que hay que valorar a la familia, nunca sabrás lo que podría pasar de un momento a otro.

Tuvimos que ponernos en otra fila para entrar en el campo. En la puerta había un soldado joven que nos daba tareas a cada uno. Tendría unos dieciséis años. Cuando él miro a mi madre, vi algo diferente en él, pero no le di importancia. Nos asignó a cada una la tarea que nos correspondía y nos pusimos a trabajar. Cuando el reloj de los alemanes marcó las doce de la noche, los soldados hicieron sonar sus silbatos para que todos fuéramos a dormir. Mi madre, mis hermanas y yo, nos acostamos en un colchón todas juntas, ya que no había suficientes colchones para todos los judíos y había personas que dormían literalmente en el suelo. A las cuatro de la mañana, nos despertaron los ruidosos silbatos de los soldados y nos pusimos manos a la obra. Fue un día muy duro, ya que era el primero y estábamos todavía muy dolidas por la separación de la familia. No sabíamos nada de ellos. El que más me preocupaba era Yasser, él tan solo era un bebe, no sabía trabajar y allí lo único que querían eran personas trabajando y si alguien no trabajaba o no era capaz de hacerlo... lo mataban.

Estaba yo trabajando mientras que vi a lo lejos a una compañera de la escuela. Era judía como yo y había sido condenada a aquellos trabajos forzados, así que estábamos en la misma condición. De repente vi que su rostro cambiaba, se puso pálida y en ese instante se desmayó. Asustada me levanté del suelo y me quedé observando la escena que tenía delante de mis ojos: mi amiga estaba desmayada en el suelo (probablemente le habría dado una insolación o estaba deshidratada) y un soldado se acercó a ella, la tanteó con el pie y llamó a su supervisor. Pero no pude ver con exactitud lo que pasó después, porque un soldado se acercó y me tiró al suelo y me gritó:

- ¡Como no sigas trabajando te va a pasar lo mismo que le va a ocurrir a tu amiguita dentro de poco!- y se alejó riéndose.

Yo, aterrorizada, me puse a trabajar como una loca, y sin levantarme, eché una mirada hacia la dirección donde se encontraba mi amiga y vi algo horrible: un soldado nazi la había disparado y estaba en el suelo, inerte. Se me escaparon las lágrimas ante aquel escenario y pensé: si esto pasa en el primer día, no me quiero imaginar lo que pasará el resto del tiempo que estaré aquí metida... Y así era, no me podría haber imaginado lo que pasaría después de eso.

Después de estar alrededor de un año trabajando duro en el campo de concentración, un día nos llegó una noticia horrible e inesperada: Yasser, mi hermano menor, había muerto. Mejor dicho, lo habían matado. Según mi madre, un soldado vino y le dijo que el pequeño tenía un resfriado desde hace meses y se había transformado en una neumonía, y como ellos no se podían quedar con niños enfermos, lo mataron. Mi madre, mis hermanas y yo nos unimos en un mismo sentir de tristeza, lloro y rabia. Si, sentíamos rabia de saber que habían matado a un pobre niño enfermo: ¿quién podía tener ese corazón tan duro que llegaba a matar niños? Ese día no pude estar concentrada en la tarea que debía hacer, sólo lloraba y lloraba, pensando que solo había disfrutado de un año junto a mi pequeño hermanito y que aunque llevaba meses sin verlo, lo seguía recordando día tras día, al igual que a mi otro hermano y a mi padre. Todos los días me acordaba de ellos en mi oraciones (yo oraba todas las noches, como tenía por costumbre). Me habían separado de una parte de mi familia, habían matado a mi hermano... Todo esto era demasiado para mí. El ruido de un silbato me sacó de mis pensamientos y levanté la cabeza para ver qué ocurría: los soldados

alemanes estaban ordenando a todas las chicas jóvenes que se pusieran en una fila, y como era de esperar, yo también tuve que unirme. No sabía por qué estábamos haciendo esa fila hasta que un grupo de soldados pasó por mi lado y entre risas se peleaban para que yo sirviese en una de sus casas, porque según decían ellos, yo era muy guapa. En ese momento me percaté de lo que estaba ocurriendo: estaban seleccionando a chicas para que fueran las sirvientas de las casas de los soldados. Por lo que yo veía, elegían a las más guapas, así que para que yo no tuviera que ir a la casa de uno de esos rufianes pensé un plan y me puse manos a la obra: me unté el rostro con tierra y cenizas del suelo y despeiné mi cabello. Esperaba que ese plan funcionara y fue así. Cuando llegó mi turno el soldado dijo que yo no era válida, pero cuando empecé a alegrarme de mi gran hazaña, ese mismo soldado me dijo que me tenía que poner en la siguiente fila. Me señaló un grupo de chicas esperando su turno delante de una especie de caseta. Según los nazis, íbamos a estar un rato delante de una chimenea para calentarnos un poco, ya que el frío invernal era insoportable. Pero yo sabía lo que en realidad nos iban a hacer: iban a quemarnos, ya que nosotras ya no servíamos para nada. Yo sabía esto porque más de una vez había visto salir humo de la chimenea y la gente que entraba ahí, nunca la había visto salir otra vez. Empecé a lamentarme de mi plan anterior: prefería haber servido a un soldado que morir, pero ya no había vuelta atrás. Las muchachas empezaron a entrar y veía como les decían que se quitasen la ropa para que entrasen en calor más rápido, pero en verdad era para poder aprovechar ese ropaje con las personas que entraban cada día en el campo de concentración. Yo empecé a desesperarme. Llegó mi turno, pero cuando empecé a quitarme la ropa lentamente, me desmayé. Supongo que sería porque ese día ya había soportado demasiadas emociones y mi mente ya no podía asimilar nada más, no lo sé. Lo único que recuerdo después de caer al suelo es una voz que dijo: yo me encargo de ella.

Cuando desperté, me vi acostada en una cama de lo que parecía una pequeña pero acogedora buhardilla. No podía ver bien todavía a causa del mareo, pero como pude me levanté y miré por una ventana que había detrás de la cama. Al principio pensaba que estaba en un lugar cualquiera con un cuerpo sobrenatural, ya que yo había muerto. Pensé: entonces era verdad que había vida después de la muerte... Pero cuando observé lo que había detrás de la ventana comprendí que no estaba muerta: vi la valla del campo de concentración en el que me encontraba antes de desmayarme y a gente trabajando forzados por los Nazis. No comprendía nada. De repente escuché como se abría la puerta y me metí otra vez en la cama.

- Hola pequeña, ¿cómo te encuentras?- dijo una mujer de edad avanzada.
- Todavía me encuentro un poco mareada, pero... ¿dónde estoy?- pregunté.
- Estas en la casa del soldado Adler.
- ¿Qué? ¿quién es ese? ¿y cómo he llegado hasta aquí?

En ese momento escuché una voz que venía de la planta de abajo:

- ¡Señora Edith, ya estoy en casa!

Edith, que se había sentado a mi lado en la cama, me dijo:

- Ven, vamos abajo y el soldado Adler sabrá responder a tus preguntas mejor que yo.

La amable señora me ofreció su mano para ayudarme a levantarme de la cama y me indicó el camino hasta la planta de abajo. Al llegar, vi a un apuesto joven vestido de soldado. Me miró de arriba abajo y me dijo:

- Ya veo que te has despertado. Seguro que tendrás muchas preguntas, pero será mejor que te des una ducha y luego mientras cenamos, te responderé a lo que quieras. La señora Edith te acompañará hasta el baño y te dará la ropa con la que te sentirás más a gusto.

Y así fue. Me di una ducha caliente y me puse un vestido muy bonito y a la vez cómodo. Mientras que me duchaba pensé: ¿cómo puede ser este soldado tan amable conmigo?. Cuando salí, me estaban esperando para cenar en un amplio comedor con una mesa llena de manjares de comida que no había podido probar en mucho tiempo. La boca se me hacía agua. Pero eso no era lo mejor. Dentro de aquel comedor encontré a una persona que nunca imaginé que podría volver a verla: mi hermano Yasser. Sin pensarlo dos veces corrí y le di un fuerte abrazo. Mis lágrimas caían sin parar. Después de estar un rato abrazados, el soldado Adler me dijo:

- Siento interrumpirle señorita Leah, pero la cena ya está servida y se le va a enfriar.

Le hice caso y me senté a la mesa. En ese momento estaba de lo más confusa. Como si me hubiera leído los pensamientos, Adler me lo explicó todo:

- Cuando te desmayaste, uno de los soldados que había allí iba a matarte directamente, ya que de una manera u otra ibas a morir. Yo pasaba por allí y decidí salvarte la vida. Les dije que yo me encargaría de ti y en vez de matarte te traje hasta mi casa y aquí estás.
- Pero ¿por qué me has salvado a mí? ¿por qué está también aquí mi hermano?- pregunté yo confundida.
- Verás – me dijo- yo soy huérfano. Cuando tenía cuatro años, mis padres me abandonaron. Mi padre formaba parte del ejército alemán y tenía que viajar a otro país y solo podía llevarse a mi madre. Tristemente, yo fui un hijo al que maltrataron durante los años que estuve con mis padres, ya que solo era una carga para ellos. Un día, me dijeron que tenían que ir a hacer unas compras y me dejaron en el parque. Yo pensaba: que raro que vayan a comprar con las maletas. Pero yo era un niño pequeño, y no me divertía nada más que pasar un rato en el parque. No volvieron. Pasaron los días y yo sólo comía los restos de comida que veía que alguna gente tiraba a la basura y dormía en los toboganes del parque. La gente me miraba, pero pasaban de largo. Nadie me ayudaba. Una mañana, desperté a causa de los gritos infantiles que habían en el parque donde yo dormía. Como todas las mañanas, intentaba buscar comida en los contenedores de basura más próximos y vi a una judía con una niña pequeña que la acompañaba a tirar la basura. Mis ojos se abrieron como platos y corrí hacia aquella señora a preguntarle si en su bolsa había comida. La mujer me miró de arriba abajo, pero no como todas las demás mujeres: ella me miró y se apiadó de mí, sintió compasión y me llevó a su casa. Me alimentó durante varios meses y luego me llevó a un

orfanato alemán. Aquella mujer era tu madre. Desde aquel momento he sentido en mi corazón que le debo un gran favor a aquella señora que me salvó la vida. Cuando cumplí los quince me metieron en el ejército Nazi, ya que hacían falta soldados. Me llevaron a un campo de concentración para que fuera yo quien le asignara las tareas a los judíos que iban llegando. Me dieron una casa en la que vivir y me asignaron a una criada. Y llegasteis vosotras. En el momento en el que vi a tu madre la reconocí: era aquella judía a la que le debía la vida. En mis días de descanso yo me paseaba por los campos en los que se encontraba tu familia para ver si todo iba bien. Con tu hermano hice lo mismo que contigo. Dije que yo me encargaría de él y lo traje hasta mi casa. Ahora ya no está enfermo. Los demás soldados creen que estáis muertos, pero no, estáis aquí.

Mis lágrimas resbalaban por mis mejillas y abracé a aquel joven que me había salvado la vida. Mi abrazo fue también correspondido.”

Todos los jóvenes que había en aquella sala se levantaron y aplaudieron conmovidos por aquella historia que les había contado. Cuando se sentaron, comenzaron a hacerme preguntas:

- Leah, ¿y cómo se salvaron los demás miembros de tu familia?- me preguntó uno de los chicos de la clase a la que había ido a contar mi experiencia (me llamaban de todos lados para dar charlas a jóvenes en las escuelas, universidades...)
- Pues Adler los salvó a todos de la misma manera que a mi. Cada vez que querían matar a alguno de mi familia, ahí estaba él salvándole la vida. Al final acabamos todos en su casa y no salimos de ahí hasta que acabó todo.- le expliqué.
- ¿Y ahora a que se dedica usted?- preguntó otra chica.
- Pues yo ahora soy profesora en una escuela en la que trabajamos toda mi familia. Mi padre es el director. Esa es una escuela pública para niños que no tienen recursos: los libros son gratis, les damos nosotros la comida... Recibimos el sueldo del Estado Judío, que aprobó nuestra idea de fundar esa escuela.
- ¿Y Adler dónde está ahora?
- Pues Adler ahora es mi esposo. Nos casamos y ahora somos la pareja más feliz del mundo. Se salió del ejército y ahora él también trabaja con nosotros en la escuela.

En ese momento se abrió la puerta de la clase y apareció él, el que me salvó la vida y el que ahora me hace ser la mujer más feliz del mundo. Me dio un fuerte abrazo y todas las personas de aquella aula empezaron a aplaudir otra vez. Fue un momento muy bonito y que no olvidaré nunca.